

Mercedes de la Garza, *Sueño y éxtasis. Visión chamánica de los nahuas y los mayas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas / Fondo de Cultura Económica, 2012.

El libro *Sueño y éxtasis. Visión chamánica de los nahuas y los mayas*, de Mercedes de la Garza, nos introduce en el mundo mágico y maravilloso de los sacerdotes, adivinos y médicos nahuas y mayas. A lo largo de la obra, la autora explora y profundiza en el *chamanismo*, término difundido y aceptado para referirse al fenómeno que implica los estados alterados de conciencia, la experiencia onírica y los trances extáticos, los cuales permiten a ciertos individuos percibir la otra realidad que no es accesible a los seres humanos comunes, ya que durante esas experiencias la persona puede ver a los dioses y a los difuntos, y escuchar sus mensajes, porque una de sus entidades anímicas, que la autora llama “materias sutiles”, sale del cuerpo. De la Garza aclara que utilizará el término *chamán* por ser el que le parece más adecuado, dada la naturaleza, actividades y significado de esos hombres religiosos, y para unificar con un solo vocablo los nombres de traducciones que existen de estos personajes con sus diferentes funciones en las lenguas indígenas.

La obra se inscribe en el marco de la historia de las religiones, por ello se apoya en el método comparativo y en la hermenéutica, es decir, busca encontrar el significado de lo que los propios indígenas expresaron a través de diversos lenguajes. Se trata de una segunda versión corregida y considerablemente aumentada de *Sueño y*

*alucinación en el mundo náhuatl y maya*, publicado en 1990. Conforme avanza la obra, la autora aclara las diferencias entre sendas publicaciones. La estructura también está modificada, se agregaron nuevos capítulos y, en los ya existentes, también se incorporaron datos; el libro en su mayor parte ha sido reescrito.

Parte de la idea de la relación indisoluble que existe para los indígenas entre los estados alterados de conciencia que el hombre logra a través del uso de las plantas sagradas, y el estado natural del sueño. El manuscrito tiene un enfoque histórico y se divide en dos partes, la nahua y la maya, en cada una utiliza el mismo esquema y análisis con la finalidad de mostrar la cercanía cultural entre los dos pueblos mesoamericanos. En el epílogo ofrece una visión general de las ideas centrales de nahuas y mayas sobre el tema a lo largo de su historia.

Una de las partes que agregó en la introducción es “Sobre la naturaleza humana”; en ésta resume con gran destreza los aportes que varios estudiosos han realizado sobre la dualidad cuerpo-espíritu; hace un análisis comparativo entre las entidades anímicas de nahuas y mayas, y muestra cómo cada hombre es a la vez un ser doble, humano y animal. La finalidad de este apartado es comprender cuál es la entidad anímica que se desprende del hombre durante los sueños y el éxtasis, y concluye

que es el *tonalli* entre los nahuas y el *pixán*, el *óol*, el *ch'ulel*, el *wayjel* o *way* entre los diversos grupos mayas. Los externamientos del espíritu pueden ser voluntarios o involuntarios, estos últimos en el caso de los sueños, pero puede deberse también a un susto, un embrujamiento o durante el orgasmo. En tanto que externar el alma de manera voluntaria y dirigir sus destinos, los únicos hombres capacitados son los chamanes, quienes lo logran por diversos medios, como la ingesta de diversos psicotrópicos. En el siguiente apartado, "Sobre el rito", explica qué entiende por este fenómeno religioso, dado que es durante un ritual cuando el chamán ingiere hongos y plantas alucinógenas, con la finalidad de externar su espíritu y adquirir la vivencia para conocer las respuestas.

Al referirse al sueño y a los estados alterados de conciencia que sufre un chamán, recurre a estudios científicos contemporáneos; a grandes rasgos presenta al sueño como un estadio fisiológico, parcialmente voluntario de inconsciencia, durante el que se producen fenómenos y experiencias psíquicas que son consecuencia de una reelaboración de experiencias vividas y de la memoria. Considera que el tipo de sueño que tiene un chamán es el que llama "sueño lúcido" y ocurre durante la etapa REM; en este tipo de sueño, espontáneo o inducido, el soñador se da cuenta de que está soñando, y la autora agrega que el soñar es abrir otro cauce de la mente que amplía el autoconocimiento.

Con el apartado "Sustancias psicoactivas" termina la parte introductoria, y aquí también incluye estudios de otras áreas de la ciencia como la química, la botánica y la fisiología, lo que le permite un estudio a mayor profundidad; señala que entre las plantas que contienen alcaloides se encuentran las psicoactivas, las cuales divide

en *a)* alucinógenas o psicotrópicas, que son las que afectan la mente y alteran la percepción; *b)* los narcóticos o depresores, y *c)* estimulantes, considerados como divinos. También encuentra animales psicoactivos que contienen en su organismo altas cantidades de alcaloides. Describe, con base en diversos autores, las experiencias que el ser humano sufre con el consumo de diversos alcaloides, aunque aclara que cada experiencia depende de la personalidad, la intención y la cultura de quien lo consume. Por lo tanto son experiencias únicas e individuales.

En síntesis, señala que los sueños y el éxtasis que son provocados por sustancias psicoactivas o prácticas ascéticas se originan en las funciones cerebrales y hacen emerger aspectos irracionales y emocionales, bloquean la reflexión y el pensamiento y cortan los estímulos externos. Y estos serían las bases de la experiencia de un chamán, que cree incursionar en otro mundo, en un mundo espiritual o una realidad paralela a la ordinaria.

La autora se refiere a los diferentes miembros del sacerdocio entre los nahuas antiguos, que podrían considerarse chamanes; destaca al *nahualli*, cuyas funciones y características son similares a las de un chamán. Era un hombre sabio y protector de los demás, tenía poderes sobrenaturales de transformación y de videncia; no obstante, los frailes que recogieron esta información hicieron hincapié sobre el mal *nahualli*, al que llamaron *brujo*, al igual que al animal en el que se transformaba, y ésta es la acepción que sobrevivió durante la Colonia, proporcionando al término una connotación europea. Describe las diferentes especialidades de estos personajes, acentuando su capacidad de transformación en animales y otros elementos como bolas de fuego. Menciona al *teciuhltlazqui*, aquel

mago y sacerdote del dios de la lluvia, que tenía la facultad de producir y conjurar el granizo para que no perjudicara las cosechas; asimismo, alude a diferentes especialistas en medicina que curaban por métodos heterogéneos. Otra de las funciones de los chamanes era la adivinación, y también en este ámbito existían diferentes especialistas, aquellos que se basaban en el *tonalpohualli*, los que miraban en una escudilla de agua, los que adivinaban mediante granos de maíz o cuerdas atadas, y con mayor amplitud los que interpretaban los sueños. Hay sueños falsos y verdaderos, agrega; los primeros son “locuras del alma”, durante los segundos se puede viajar al inframundo, cuando se separan el *tonalli* y el *teyolia* del cuerpo temporalmente. Los sueños verdaderos son los que merecen realmente interpretarse, pueden ser acontecimientos actuales o premoniciones de hechos futuros cargados de un fuerte simbolismo, o bien sueños propiciatorios en los que se busca el logro de un fin.

No obstante la visión española de condena a los diferentes rituales indígenas, gracias a un análisis cuidadoso de las fuentes coloniales la autora logra concretar el pensamiento mesoamericano; así, menciona que Tláloc, Xochipilli y Xochiquetzal son las deidades nahuas que se relacionan con las diversas plantas sagradas. Tláloc, por ejemplo, se vincula principalmente con las plantas frías y con los hongos que crecen en la humedad, mismos que también tienen uso terapéutico y curan enfermedades de origen frío. Las diferentes plantas sagradas fueron usadas ritualmente, se empleaban tanto para adivinar como para curar, labor que estaba a cargo del médico llamado *paini*. En los códices también encuentra información relevante, aquí se observa al árbol sagrado de Tamoanchan, cuyas flores u hongos

parecen contener principios psicoactivos; por ello los dioses tendrían su origen en una planta sagrada.

Páginas adelante, con base principalmente en las descripciones de diferentes cronistas y con el apoyo de estudios científicos contemporáneos, De la Garza identifica muchos de los hongos y las plantas sagradas, destacando tanto la forma como sus efectos, y puntualiza que las clasificaciones indígenas no se equiparan con la ciencia occidental, por ello no es posible hacer una categorización exacta. Los hongos sagrados o *teonanácatl* embriagan, producen risa y causan visiones, son muy apreciados por los señores y formaban parte de los tributos. Se utilizaban en banquetes y ceremonias chamánicas de adivinación, eran considerados como la carne del dios, y, en la región de Meztlán había una deidad llamada Nanacatl Tzti, “El pregonero del hongo”.

Las plantas sagradas podían ser adivinatorias o curativas, como el *oloiuhqui*, “que hace dar vueltas” y “que da vueltas”, semilla que entre sus virtudes cura la gota y excita la sexualidad, y permite al enfermo un autodiagnóstico. A su vez tenía un uso ritual, era uno de los alucinógenos más poderosos y se utilizaba, ingerido o untado en forma de pomada, para adivinación o perder el miedo. Había un dios que residía en el *oloiuhqui*, el *cuetzpalin*, la lagartija del *tonalpohualli*, por ello tenía un vínculo con ese día calendárico, pero también se vinculaba con Macuilxóchitl, “Cinco flor”, y, por ende, con Xochipilli. Otra planta empleada con fines semajantes lo fue el peyote, que, según Sahagún fue descubierto por los chichimecas, y utilizado para sanar dolores de las articulaciones, así como en los ritos alucinatorios y trances extáticos.

Durante el periodo colonial sobrevivieron muchas de las prácticas adivinatorias

realizadas a través de sueños y plantas alucinógenas; para este momento, el nagual se comenzó a asociar con las prácticas de brujería, y el *paini* con las curativas, y sendos personajes con el dios de la lluvia, patrón de los alucinógenos.

Entre las plantas alucinógenas que la autora considera más relevantes están las del género *Datura*, a las que se referirá como “los toloaches”, de los cuales encontró el *toloztzin* propiamente, el *tlapatl*, el *mixitl* y el *nexehuac*, que se empleaban como medicamentos, porque contenían alucinógenos muy fuertes. Algunas curaban fiebres, gota, hinchazones, y al mezclarse con otros componentes aumentaba el rango de curación. También menciona el *pipiltzintzintli*, planta psicoactiva destinada para rituales de adivinación e interpretación de sueños; el *yauhtli*, una de las plantas sagradas de mayor relevancia entre los mayas, que al igual que el *pipiltzintzintli*, formaban parte de las llamadas plantas sagradas de Tláloc, y el *tlazolpahtli* o floripondio, del género *Datura*, fuerte alucinógeno que se empleaba para curar fracturas.

En lo que toca a los mayas, es relevante la interpretación que nos ofrece De la Garza sobre considerar el proceso de transformación del chamán en animal de forma progresiva, y que fue ejemplificado en vasijas tipo códice de los mayas del Clásico. La transformación podía efectuarse a través de diferentes acrobacias, y aun en el siglo xx se continuaba con esta creencia. La autora retoma un tema ampliamente discutido, el del *way*, el “espíritu compañero animal”, y agrega que, a diferencia de los que acompañan a un hombre desde que nace y durante todo el trayecto de su vida, la transformación de los gobernantes-chamanes en sus *wayob* era intencionada, formando parte de las facultades que recibieron durante la iniciación, y tal vez llegaron

a tener hasta trece *wayob* diferentes; además, poseían la aptitud de ser benéficos o maléficos, pues eran los que defendían a su comunidad.

La autora, al tocar el tema de las iniciaciones entre los mayas, cita que el futuro chamán sufría un proceso de muerte de la vida profana y el renacimiento a la vida sagrada, lo que también se ejemplifica en diversas imágenes mayas del periodo Clásico en las que un personaje emerge de una gran serpiente o de un “templo dragón” que simboliza el vientre del inframundo. Al renacer como chamán se acercaba a los dioses y lograban una existencia plena en este mundo, se divinizaba y, si era un dirigente, obtenía el derecho a gobernar.

Para la adivinación, continúa De la Garza, recurrían principalmente al simbolismo de los sueños, porque durante ellos tenían visiones y recibían mensajes de los dioses; los sueños, por lo tanto, se consideraban como realidades vividas o anuncios del futuro. Interpretando los sueños se podían diagnosticar enfermedades y aliviarlas con terapias y elaboradas ceremonias religiosas, que incluían oraciones, ofrendas, sacrificios de animales, encantamientos, limpias, baños y medicinas.

Gracias a su minuciosa descripción es posible comprender hoy en día muchas de las imágenes representadas en las vasijas mayas, donde podemos ver las danzas de chamanes, los rituales donde se usan plantas, hongos y bebidas psicoactivas, el uso de enemas, los espejos para la adivinación, enanos tal vez representando las plantas, transmuciones chamánicas, sacrificio de dioses. Tales vasijas en verdad son un despliegue de la imaginación, y que con la lectura del libro en cuestión hemos recibido herramientas necesarias para comprenderlas.

En el capítulo sobre mayas actuales se toca de nuevo el tema de la naturaleza

humana, se habla de los conceptos de las “materias sutiles, invisibles e intangibles”: las almas; aquí De la Garza demuestra una gran capacidad de síntesis y comprensión al explicarnos la naturaleza de éstas. Entre otras, cita el *bat'tzil ch'ulel*, que se guarda en el corazón, y es la sombra del cuerpo, quizá similar al *tonalli* entre los nahuas, y que los chamanes externalizan de manera voluntaria; el *lab, wayjel o way* de los mayas, o *tona* entre los nahuas, que es un *alter ego* zoomorfo en el que habita parte del espíritu, por lo que los destinos de los dos están unidos; es mortal y se ubica a su vez en un animal silvestre, representa la parte inconsciente e irracional del ser humano. En el caso del alma de los chamanes, la autora dice que “[...] es una materia sutil con la que el hombre accede al mundo de los seres sagrados y se comunica con ellos; es como un mediador entre el mundo socializado y el de la naturaleza silvestre, y se puede externalizar de manera voluntaria” (p. 226).

Al escribir sobre los médicos y chamanes de hoy día, De la Garza indica que estos conservan muchas de las características de antaño. Entre las que menciona están la elección divina, la capacidad de controlar los sueños, de entrar en éxtasis y de externalizar el espíritu de manera voluntaria para acceder a otros mundos, también experimentan diversas prácticas durante las cuales se sacralizan y adquieren sabiduría, se comunican con los dioses ancestrales, y se transforman voluntariamente en animales y se relacionan con seres sobrenaturales y con los difuntos que deambulan por la noche. Los chamanes controlan el mundo de los sueños, durante los cuales se les avisa que tienen el “don” divino para ejercer, sufren sus iniciaciones y aprenden, porque ellos tienen el sueño lúcido. Estos personajes gozan del don de la videncia, conocen la causa de las enfermedades, las

diagnostican y las curan; para ello, igual que sus antecesores, poseen bultos sagrados que consultan invocando a Dios y a los antepasados; conservan sus piedras de adivinación y pulsán e interrogan al enfermo; también siguen empleando sustancias psicoactivas y están capacitados para interpretar los sueños; otros también atraen las lluvias y evitan inundaciones. Son hombres que se distinguen en su comunidad, poseen capacidades más allá de lo normal.

Asimismo, subsisten los chamanes maléficis, que provocan enfermedades a veces enviando malos aires, por ello son temidos y con frecuencia asesinados. Entre los males que curan, algunos son de carácter emocional y causan daño al espíritu; la autora alude a la pérdida del alma, al mal aire, al mal de ojo o males causados por celos y envidia, y al llamado “mal echado” o “cortar la hora”, que significa provocar la muerte tras una lenta agonía. Los chamanes curan, además de con conjuros y ofrendas, con sobadas, sopladitas, barridas, baños y sangrías, y dan al enfermo medicamentos de origen vegetal, animal y mineral. Actualmente, los chamanes siguen utilizando plantas para curar (algunas son las que emplearon los antiguos mayas), en las que residen deidades que al ser ingeridas pasan al ser humano, y también usan bebidas embriagantes.

De la Garza describe diversas iniciaciones en las que la muerte ritual puede semejar a una penosa enfermedad. Aborda el tema de los sueños, los cuales siempre han inquietado al ser humano. En la actualidad, este fenómeno ha sido estudiado desde el psicoanálisis y la neurociencia, perspectivas que, como ya se dijo, se incorporan en el libro. Para los antiguos mesoamericanos había dos tipos de sueños: los vanos o falsos, llamados por los nahuas actuales “ligeros”, y los sueños verdaderos. El sueño

vano es identificado por la autora con los que se dan en la fase NREM; mientras que el de la fase REM es el sueño verdadero, que corresponde al externamiento del alma y, por lo tanto, constituye una experiencia chamánica o una revelación. Los sueños chamánicos, agrega, son programados o lúcidos, inducidos por patrones de conducta determinados; por un lado, consisten en una comunicación con dioses y seres sobrenaturales, porque es cuando el chamán recibe la sabiduría; por otro, son premoniciones del futuro o viajes a lo ya ocurrido. Por ello, concluye que pasado, presente y futuro son simultáneos, es lo que llama la visión sintética de la temporalidad.

El análisis de las plantas que los mayas consideraron sagradas constituye parte relevante de esta obra. Al igual que lo hizo con los nahuas, menciona los diferentes nombres de éstas, el científico y los “coloquiales”, tanto en español como en maya; nos informa sobre sus diferentes usos y funciones tanto médicos, como rituales, o si tenían poderes psicoactivos o alucinógenos; si se utilizaban para un ritual adivinatorio o para encontrar personas perdidas. Cita qué elementos de cada planta y cómo se utilizaban. A su vez identifica muchas de ellas en vasijas pintadas o esgrafiadas, y por supuesto no deja de mencionar todas las fuentes en las que encontró la información, labor que debió resultar muy acuciosa.

Además de los hongos, a los que dedica varias páginas, De la Garza cita diversas daturas: la *tohk'u*, la *xtabentún* u *ololiuhqui*, y también la *tagetes lucida* o pericón, que preparado en infusiones cura múltiples enfermedades, pero cuando se quema, al aspirarse produce efectos psicoactivos, tal vez, nos dice la autora, estados alterados de conciencia. Otra planta importante es la *xk'olok'max* o colorín, cuyas flores son co-

mestibles, y sus semillas se emplean para la adivinación, pero si se ingieren resultan psicoactivas. Se habla también de la ninfea blanca o *sak naab*, flor psicoactiva que aparece en las representaciones de los dirigentes en el Clásico y que fue utilizada para provocar el trance extático, el éxtasis chamánico, así como para externar el espíritu y descender al inframundo.

El cacao, agrega Mercedes de la Garza, es la planta ceremonial y ritual por excelencia de los señores. Contiene *teobromina*, que es un estimulante semejante a la nicotina, y se utilizó como base para agregarle alucinógenos. El tabaco es la planta que la autora considera como la más importante para los rituales, y es tanto una ofrenda para los dioses como parte esencial de la parafernalia de los chamanes; cura diferentes enfermedades, combate animales malignos y le otorga fortaleza al ser humano para lidiar contra el cansancio. La *nicotiana rustica* provoca estados alterados de conciencia y embriaguez, además posee poderes analgésicos y estimulantes. No deja de citar diversas bebidas alcohólicas, la chicha y el balché, que los mayas utilizaron para obtener estados embriagantes durante los rituales y así comunicarse con los dioses; las bebidas podían reforzarse con tabaco y otras raíces, tal vez psicoactivas, y hasta sapos venenosos.

El libro *Sueño y éxtasis* nos permite adentrarnos a este mundo chamánico casi impenetrable para los no iniciados, pero con una guía segura para no perdernos en sus innumerables laberintos, viajes extáticos, visiones, vuelos a regiones inaccesibles, señales sagradas, éxtasis, sueños, plantas alucinógenas y objetos sagrados. La obra se complementa con un cuadro muy completo de los diferentes productos psicoactivos, su uso, efectos y descripción según las fuentes mayas y nahuas. Por último, no

puedo dejar de citar el excelente prólogo de Juliana González que acompaña al libro y que con su gran lucidez capta de manera magistral el trabajo de Mercedes de la Garza.

MARTHA ILIA NÁJERA C.  
Centro de Estudios Mayas, IIFL, UNAM